

UNA VISIÓN CATÓLICA DE LA HISTORIA: CATOLICISMO DE HENRI DE LUBAC

Luis Ferroggiaro

INTRODUCCIÓN

EL CARDENAL HENRI MARIE-JOSEPH SONIER DE LUBAC, S.I. (CAMBRAI 1896–PARIS 1991) HA SIDO UNO DE LOS TEÓLOGOS CATÓLICOS MÁS BRILLANTES, CREATIVOS, FECUNDOS E INFLUYENTES DEL SIGLO XX. SU OBRA TEOLÓGICA ES NOTABLE POR LA DENSIDAD DE SU PENSAMIENTO, EL PROFUNDO CONOCIMIENTO de la tradición viva de la Iglesia, la amplitud, variedad y riqueza de sus intereses y producción teológica, la fina sintonía con el espíritu de su tiempo y su sabiduría para iluminarlo desde la verdad de la Revelación cristiana. Un espíritu audaz, de vanguardia y auténticamente eclesial. Gran renovador del pensamiento teológico de la primera mitad del siglo XX, fue nombrado consultor de la Comisión

El padre Luis Ferroggiaro es miembro del Sodalitium Christianae Vitae. Magister en Teología por la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. Es profesor de Teología, Capellán Mayor y Delegado del Pro Rectorado de la Universidad Católica San Pablo de Arequipa.

Teológica preparatoria del Concilio Vaticano II por Juan XXIII y luego perito conciliar por Pablo VI. Su aportación al

Concilio fue decisiva. Juan Pablo II, quien lo creó Cardenal en 1983, nos ofrece una ponderada y recta descripción de su enorme talla humana, cristiana y teológica:

“Todos los que conocieron a Henri de Lubac saben bien el lugar considerable que el amigo y más aún el pensador ocupó con modestia y sin hacer ruido, hasta la oscuridad de los últimos años. La atención siempre despierta, recorrió los caminos de la enseñanza de los padres y de los autores medievales, supo apoyarse en un conocimiento penetrante de los grandes autores modernos, para nutrir una reflexión personal que ha sabido inscribirse de manera luminosa en la Tradición viva. Todo ello le permitió aportar una colaboración apreciada y fructífera al Concilio Vaticano II. Mediante su elevación al cardenalato, deseé reconocer los méritos del investigador incansable, del maestro espiritual, del jesuita fiel en medio de las diversas dificultades de su vida”¹.

El pensamiento teológico de Henri de Lubac no sólo no ha perdido vigencia en nuestros días sino que sigue siendo muy actual e iluminador para la praxis cristiana de nuestro tiempo. Con ocasión de los 75 años de la publicación de *Catholicismo. Aspectos sociales del dogma*, obra clave para entender el desarrollo de su pensamiento teológico, consideramos oportuno presentar la visión de la historia que el gran teólogo francés propone de manera lúcida y sugestiva a partir del doble carácter social e histórico del catolicismo². Su perspectiva clarividente y original puede irradiar muchas luces a la comprensión de la historia como vía ascendente hacia la comunión plena y, por ende, inspirar la acción transformadora del cristiano del siglo XXI:

-
1. “Tous ceux qui ont connu Henri de Lubac mesurent déjà la place considérable tenue, avec modestie et sans bruit, jusqu’à l’obscurité des dernières années, par l’ami et plus encore par le penseur. L’attention toujours en éveil, il avait parcouru les voies de l’enseignement des Pères et des auteurs médiévaux, il avait su s’appuyer sur une connaissance pénétrante des grands auteurs modernes, pour nourrir une réflexion personnelle qui s’est inscrite de manière lumineuse dans la Tradition vivante. Tout cela lui permit d’apporter une collaboration appréciée et fructueuse au deuxième Concile du Vatican. Par son élévation au Cardinalat, j’ai souhaité reconnaître les mérites du chercheur inlassable, du maître spirituel, du Jésuite fidèle au milieu des difficultés diverses de sa vie”. Juan Pablo II, *Carta al Cardenal Paul Poupard, Representante Pontificio en las exequias del Cardenal Henri de Lubac*, 5 de septiembre de 1991.
 2. H. de Lubac, *Catholicisme. Les aspects sociaux du dogme*, Paris 1938. Para efectos del presente trabajo, las citas serán tomadas de la traducción española *Catholicismo. Aspectos sociales del Dogma*, Madrid 1987.

“El libro, para muchos que lo descubren hoy, abre los ojos de la fe hacia una percepción —a veces inesperada, impen-sada y maravillosamente iluminadora y fecunda— de la Iglesia y de la historia de la humanidad comprometida en la salvación traída por Cristo”³.

LA OBRA

Catolicismo. Aspectos sociales del dogma, fue el primer libro de la amplí-sima producción teológica de Henri de Lubac. Apareció publicado en 1938, como el tercer volumen de la colección de estudios *Unam Sanctam*, promovida por los dominicos de *Le Saulchoir* bajo la direc-ción del p. Yves Congar. Si bien el propio de Lubac lo describe como un libro “hecho de piezas y retazos, inicialmente independientes, cosidos mal que bien en tres partes, sin ningún plan preconcebido”⁴, *Catolicismo* es una obra coherente y programática, un trabajo orgáni-co que expresa un pensamiento unitario, madurado durante varios años de investigación y reflexión. En efecto, algunos de sus conteni-dos ya habían sido publicados con anterioridad, como señala el pro-pio autor⁵. La obra refleja una línea de pensamiento concebida y desarrollada al menos desde 1929⁶. La importancia de este primer trabajo es capital para el desarrollo ulterior del pensamiento teológi-co de Henri de Lubac. Hans Urs von Balthasar, de manera sintética-mente elocuente, se refiere a *Catolicismo* como un

“libro programa concebido como una obertura, y que revis-
te de hecho este significado. De sus diferentes capítulos van
a nacer, como de su tronco, las ramas que constituyen las
obras principales publicadas en lo sucesivo”⁷.

-
3. “Ce livre, pour beaucoup qui le découvrent aujourd’hui, ouvre les yeux de la foi sur une perception —à la fois inattendue, inespérée et merveilleusement éclairante et féconde— de l’Église et de l’histoi-re de l’humanité engagée dans le salut apporté par le Christ”. E. de Moulins-Beaufort, “Henri de Lubac: l’Église dans l’histoire des hommes”, *Communio France* XXXIII, 5 n°199 (2008), 7.
 4. Ver H. de Lubac, *Memoria en torno a mis escritos*, Madrid 2000, 40.
 5. Ver *Catolicismo...*, 19; *Memoria...*, 40.
 6. En opinión de Antonio Russo “...per rendersi conto del pensiero e del significato preciso delle conclu-sioni di tutto il testo... occorre risalire al lavoro del 1936, che a sua volta è il risultato di tutta una serie di ricerche e di articoli tra i più vari dati alle stampe dal de Lubac in particolare a partire dal 1929” (A. Russo, “L’idea di solidarietà in ‘Catholicisme’ (1938)”, *Gregorianum* 78/4 (1997) 662).
 7. H. U. von Balthasar, *Henri de Lubac. La obra orgánica de una vida*, Ediciones Encuentro, Madrid 1989, 31.

El libro se desarrolla en tres partes bien definidas. En la primera se presenta una visión de conjunto del catolicismo desde su carácter eminentemente social. Se trata del “fundamento”, de las bases sobre las cuales se van a edificar, a continuación, las reflexiones siguientes. En la segunda parte se exponen algunas necesarias consecuencias de ese carácter social relativas al papel que el cristianismo reconoce a la historia. En la tercera se busca, a partir de los planteamientos precedentes, “contribuir a disipar algunos malentendidos”, o falsas antinomias, específicamente: persona-sociedad e inmanencia-trascendencia⁸.

UNA METODOLOGÍA QUE ES YA UNA HERMENÉUTICA

Es relevante señalar algunas de las características metodológicas de *Catolicismo* que evidencian, por así decirlo, la aproximación de su autor al tema que nos ocupa.

En primer lugar, si de Lubac escribió su obra como “piezas y retazos cosidos”, es precisamente porque ya el hecho de haberlo realizado de esa manera muestra la *coherencia interna de la totalidad del dogma*. Allí radica la genialidad del libro: en la composición final del tejido, que muestra una imagen armónica y coherente del dogma cristiano. *Catolicismo* supone todo el tiempo la unicidad intrínseca de la totalidad del dogma y por ello trasciende la dialéctica artificial para articular los misterios de la fe en conexión unos con otros en una armonía “sinfónica”, donde no hay disonancias. No ignora las paradojas del dogma, las supone y resuelve. Tampoco es un tejido hecho a base de yuxtaposiciones, verdades inconexas unas con otras que darían como resultado un diseño abstracto, informe y, por consiguiente, sin un verdadero sentido interno. En *Catolicismo* aparece nítidamente el conjunto de verdades de la Fe como un todo, de la misma manera que el plan original de Dios para la humanidad se despliega en la historia en una orgánica unicidad.

En Catolicismo aparece nítidamente el conjunto de verdades de la Fe como un todo, de la misma manera que el plan original de Dios para la humanidad se despliega en la historia en una orgánica unicidad.

8. *Catolicismo...*, 19.

De ahí que su aproximación conecte la interpretación histórica y la especulación teológica, poniendo de manifiesto el dogma cristiano como una realidad realmente *vinculada a la vida*. En *Catolicismo* el dogma no aparece como un dato revelado sin ninguna relación con el ser humano y su vida temporal, como una especie de entidad *a se stante* establecida arbitrariamente por Dios pero sin ningún vínculo real con el hombre. La revelación cristiana no es un andamiaje, un sistema, sino Palabra viva que se manifiesta en la historia.

En orden a ello, de Lubac, sin descuidar la exégesis bíblica, acude a *la Tradición viva de la Iglesia* a través de la voz de los Padres. El teólogo

“lo mío es, de manera más general, apelar a la gran tradición de la Iglesia, entendida como experiencia de todos los siglos cristianos, procurando iluminar, orientar, ampliar nuestra raquítica experiencia individual, protegerla contra las desviaciones, profundizarla en el Espíritu de Cristo, abrirle los caminos del futuro”.

francés fue un gran impulsor del “retorno a las fuentes” no como una suerte de “eruditismo”, ni tampoco como una táctica o procedimiento apo-

logético para fundamentar sus puntos de vista personales. Para él, el testimonio de las enseñanzas de los Padres es imprescindible no como un “recurso” sino como *escuela* de quehacer teológico, donde la exégesis escriturística, el valor de la historia y de la comunión aparecen como los valores fundamentales que el propio autor busca aplicar:

“Hemos deseado proceder del modo más impersonal, espi-
gando sobre todo en el tesoro muy poco explotado de los
Padres de la Iglesia... nos situamos en su escuela, puesto
que son nuestros Padres en la fe y recibieron de la Iglesia de
su tiempo con qué alimentar todavía la Iglesia del nuestro”⁹.

Finalmente, tomado de la auténtica tradición cristiana transmitida por los Padres, está el gran espíritu que anima el libro; esto es, la comprensión de la *Iglesia como misterio*:

9. Allí mismo, 19-20.

«Misterio de la Iglesia, más profundo aún si cabe, “más difícil de creer” que el Misterio de Cristo, del mismo modo que éste era ya más difícil de creer que el Misterio de Dios... Nadie puede creer en la Iglesia si no es en el Espíritu Santo»¹⁰.

Estas palabras no son una suerte de “confesión piadosa”, sino una hermenéutica que nace de una vivencia profundamente enraizada en la naturaleza misma de la Iglesia, naturaleza que, sin excluirla, sobrepasa su dimensión visible y temporal. Por eso, en sus propias palabras, Henri de Lubac no entendía su misión como la de crear una gran síntesis teológica, sino más bien

“lo mío es, de manera más general, apelar a la gran tradición de la Iglesia, entendida como experiencia de todos los siglos cristianos, procurando iluminar, orientar, ampliar nuestra raquílica experiencia individual, protegerla contra las desviaciones, profundizarla en el Espíritu de Cristo, abrirle los caminos del futuro”¹¹.

PREMISAS TEOLÓGICAS PARA UNA VISIÓN CATÓLICA DE LA HISTORIA

Catolicismo no es un libro sobre la Iglesia Católica como tal, ni un tratado de eclesiología. El eje central de la obra, su principio base y articulador es, como lo explicita el subtítulo que lleva, el carácter social, solidario del cristianismo:

«el catolicismo es esencialmente social. Social, en el más profundo sentido del término: no solamente por sus aplicaciones en el dominio de las instituciones naturales, sino en sí mismo, en su centro más misterioso, en la esencia de su dogmática. Social hasta tal punto que la expresión “catolicismo social” debería haber parecido siempre un pleonasma»¹².

10. Allí mismo, 54-55.

11. *Memoria...*, 374.

12. *Catolicismo...*, 17. Nada más lejano al pensamiento lubaquiano que entender el calificativo “social” en términos inmanentes, tan de moda hoy en día. Por el contrario, Henri de Lubac toma distancia de lo que llama la “tentación social” que corrompe la esencia misma de la fe (Cfr. *Catolicismo...*, 18). En orden a ello, dedica todo un capítulo —el duodécimo, titulado precisamente *Trascendencia*— para explicar de qué forma el doble carácter histórico y social del cristianismo no ha de entenderse de manera reductiva en términos temporales y terrenos.

A partir de esta afirmación, de Lubac desarrolla, desde la genuina tradición patristica, *la unidad del género humano y la comprensión de la historia que de ella se deriva*: la convicción cristiana de que todos los hombres han sido creados y redimidos en Cristo para un destino común a través de la integración en su Cuerpo. La visión de la historia como despliegue temporal hacia la eternidad es consecuencia del carácter solidario del cristianismo.

El punto de partida de este doble vínculo está en la afirmación de la unidad natural de la totalidad del género humano, es decir, la creación de la humanidad como un todo. La imagen divina es en todos la misma. La misma participación misteriosa en Dios, que constituye el ser del espíritu, realiza igualmente la unidad de los espíritus entre

La Iglesia es católica porque congrega a todos los hombres a la unidad originaria. Ella es católica porque abarca la universalidad del tiempo y de la eternidad, medio de salvación y, al mismo tiempo, fin en cuanto consumación de la unidad en Cristo. Es católica porque ella es verdaderamente el Cuerpo de Cristo, tanto en su realidad actual y visible como en su realización invisible y última.

sí. Por eso, el monoteísmo cristiano adquiere su sentido pleno a partir de la vinculación de la unidad divina y la unidad humana. “Creer en Dios es creer en

un Padre común de todos”¹³. A partir de esta unidad radical de la humanidad se entiende el pecado como fractura de la unidad originaria, no solo del hombre con Dios, sino de los hombres entre sí. La redención es la restauración de la unidad y el llamado a la configuración con el hombre nuevo, Cristo. Asumiendo la naturaleza humana, la incorpora entera a sí, de modo que su cuerpo es la humanidad toda y para cada uno la salvación es la ratificación personal de su pertenencia original a Cristo¹⁴.

Sólo desde esta perspectiva se puede comprender plenamente la naturaleza de la Iglesia, tanto en su dimensión visible como invisible, en cuanto ella es la reunión espiritual necesaria a partir de la quiebra

13. *Catolicismo...*, 25.

14. Allí mismo, 21-36.

de la unidad por el pecado. Al ser la humanidad orgánicamente una, la Iglesia tiene como misión revelar a los hombres la unidad originaria, restaurarla y llevarla a su plenitud. La Iglesia es *católica* porque congrega a todos los hombres a la unidad originaria. Ella es *católica* porque abarca la universalidad del tiempo y de la eternidad, medio de salvación y, al mismo tiempo, fin en cuanto consumación de la unidad en Cristo. Es *católica* porque ella es verdaderamente el Cuerpo de Cristo, tanto en su realidad actual y visible como en su realización invisible y última¹⁵.

Los sacramentos, en cuanto medios de salvación, son instrumentos de unidad. La gracia que producen no es en orden a establecer una relación puramente individual entre el alma y Dios sino que cada uno la acoge en la medida en que se une al único organismo por el que corre esa savia fundante, que es la Iglesia. La Eucaristía, sacramento por excelencia lo es también de la unidad. La comunión con Cristo Eucaristía realiza la comunión en el Cuerpo Místico¹⁶.

El cristiano, por medio de la gracia, se hace miembro cada vez más libre y vivo del Cuerpo y se encamina hacia su último fin, la Jerusalén celeste, es decir, la gran ciudad, donde los santos no son unos aislados sino que se regocijan en común, en la consumación del misterio de unidad cuyo preludio fue la creación¹⁷.

UNA VISIÓN CATÓLICA DE LA HISTORIA

A partir de estas “ideas que informan toda nuestra fe, simples y al mismo tiempo fundamentales”¹⁸, de Lubac hilvana finamente el tejido de lo que podemos calificar, a partir de su propuesta teológica, una *visión católica de la historia*. Esta visión es, en sentido absoluto, original con respecto a la de las demás religiones, y única en la historia religiosa de la humanidad¹⁹. Ella, como ya se ha mencionado, está en estrechísima conexión con el *carácter social del cristianismo*, su naturaleza es esencialmente solidaria y por ende histórica:

15. Allí mismo, 37-59.

16. Allí mismo, 61.

17. Allí mismo, 81-82.

18. Allí mismo, 19.

19. Allí mismo, 97.

“En efecto, si la salvación que Dios nos ofrece es la salvación del género humano, viviendo este género humano y desarrollándose en el tiempo, el desarrollo de esta salvación tomará naturalmente *la forma de una historia*”²⁰.

Para de Lubac la Revelación no es un discurso, sino que es historia porque *se hace historia*. Dios es el Dios de la historia²¹. Actúa en la historia, se revela a través de la historia, se introduce en la historia y le confiere una suerte de “consagración religiosa”. Por eso las realidades históricas, en cuanto acciones de Dios, tienen una profundidad espiritual y al mismo tiempo, las realidades espirituales han de ser comprendidas históricamente²². Conocemos a Dios a través de su actuación concreta, temporal, histórica y no por medio de una suerte de gnosis esencialista:

“Los Profetas hablaban más de la acción de Dios en la historia que en la naturaleza. Insistían más sobre el papel de Yahvé en la formación y en la conducta de Israel que en la formación y el gobierno del mundo”²³.

Desde esta óptica de Lubac previene contra una aproximación atomizada de la Revelación, donde más parece contar el dato que el evento, la especulación racional que el Dios vivo revelado en Cristo. Para el teólogo francés resulta fundamental revalorizar el significado de la revelación histórica en cuanto acontecimiento salvífico así como la centralidad de Jesucristo Verbo Encarnado como la revelación plena de Dios en la historia. Todo ello se verá recogido décadas más tarde en la *Constitución dogmática Dei Verbum* del Concilio Vaticano II, en la que de Lubac contribuyó de manera fundamental y decisiva²⁴.

20. Allí mismo, 100. El subrayado es nuestro.

21. Allí mismo, 110.

22. Allí mismo, 117.

23. Allí mismo, 113.

24. «Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los Profetas, “últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo”. Pues envió a su Hijo, es decir, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios; Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne» (Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática Dei Verbum*, 4). “La Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios” (*Dei Verbum*, 8).

Sin embargo, para el autor de *Catolicismo* la historia en sí misma no es un lugar teológico sino solamente en cuanto Dios se ha revelado en ella. La Revelación cristiana es historia de la salvación, con su centro en la Encarnación y su prolongación histórica que es la Iglesia²⁵.

Para de Lubac la Revelación no es un discurso, sino que es historia porque se hace historia. Dios es el Dios de la historia. Actúa en la historia, se revela a través de la historia, se introduce en la historia y le confiere una suerte de “consagración religiosa”.

1. LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN COMO SALVACIÓN UNITARIA

Porque la Revelación cristiana afirma sin ambages la unidad prístina del género humano, cuyo origen está en el designio amoroso de Dios, el destino de todos los hombres es el mismo, es uno. Ese destino es la comunión plena del hombre con Dios, que se va realizando en la temporalidad y que alcanza su plenitud en la eternidad:

“únicamente el cristianismo afirma a la vez e indisolublemente, para el hombre un destino trascendente y para la humanidad un destino común. La preparación de este destino es toda la historia del mundo. Desde la creación primera hasta la consumación final... se cumple *un mismo designio divino*”²⁶.

El proyecto originario de Dios es un *plan unitario*, es decir un proyecto que posee intrínsecamente la unidad. Como uno es Dios en comunidad de personas, como una es la humanidad compuesta de muchísimos miembros, uno es el proyecto de Dios que se despliega en etapas temporales. Todo en el orden creado forma una unidad por así decirlo “temporal”. No hay planes múltiples y subsiguientes; no

25. “De Lubac condanna chi identifica la storia salvifica con la storia *tout court*. È l’errore, tra l’altro, di Hegel, autore che egli non ha esitazioni nel giudicare assolutamente incompatibile con la fede; è un errore che dissolverebbe la specificità cristiana nel grigio anonimato di una storia universale, in cui tutto sarebbe, per il fatto stesso di esistere, bene” (F. Bertoldi, *De Lubac. Cristianesimo e modernità*, Boloña 1994, 81-82).

26. *Catolicismo...*, 99. El subrayado es nuestro.

hay una multiplicidad de proyectos que se van sucediendo, yuxtaponiéndose el uno al otro, sino un único plan con un único fin. El diseño creador y el proyecto redentor forman parte de un único plan unitario. El destinatario de ese proyecto es el hombre.

Todo el orden creado encuentra en este único proyecto su lugar, es decir, nada se queda afuera. Por otro lado, no es menos cierto que, de hecho, el mismo mundo creado se nos presenta como una realidad unitaria, es decir uno y único. Los mundos hipotéticos pertenecen a la esfera de los futuribles que no existen, y son inimaginables porque ni siquiera son deducibles.

No obstante, la historia en la que se realiza la salvación de Dios está ciertamente compuesta por etapas, por “tiempos”, o “edades” sucesivas:

“La investidura de la naturaleza humana por la divina, se hace de una manera progresiva a partir de una primera iluminación natural hasta el pleno día de la eternidad”²⁷.

La tradición cristiana no conoce una única división de estas fases, debida a la variedad de razones simbólicas o circunstancias en que éstas surgieron o fueron inspiradas. De todas formas, se trata de diferencias más aparentes que reales y en ningún caso de verdaderas oposiciones. La diferencia en la tradición patristica en el número de “economías” que componen la historia salvífica más bien confirma la unidad del proyecto divino, ya que la división en fases es coyuntural y por ende no afecta la unicidad del único proyecto²⁸. Por otro lado, en plena armonía con el carácter social del cristianismo, las etapas de la historia son esencialmente colectivas.

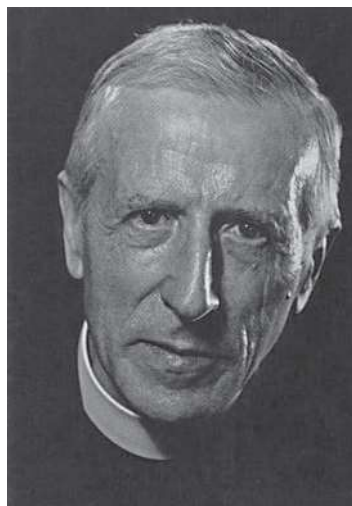
2. LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN COMO CRECIMIENTO

De Lubac evidencia cómo el cristianismo supera el pensamiento griego y su noción de una “edad dorada” seguida del “eterno declive” o del “retorno eterno” de las cosas en una rueda que gira sin fin, donde

27. Allí mismo, 187.

28. Allí mismo, 104-105.

todo se repite incesantemente y que también es común a las religiones tradicionales de oriente, como el Budismo, por ejemplo. Dentro de esta concepción, dice el teólogo francés citando a su compatriota Jean Guitton: “el rodar de los tiempos no es más que un devenir sin substancia, en donde nada pasa porque todo pasa”²⁹. La Revelación cristiana, al romper con el mito del eterno retorno, le da al tiempo consistencia ontológica, le da sentido y razón de ser. En efecto, los acontecimientos son reales, no imágenes engañosas y mutables de un mundo ideal, como en el sistema platónico. Los actos que se suceden unos a otros tienen significado porque se encaminan hacia una dirección. La historia tiene un principio, que no es un mito, sino el acto creador de Dios, quien en su providencia amorosa actúa de modo que, como dice San Pablo, “todo confluye para el bien de los que aman a Dios”³⁰:



Henri de Lubac

“Toda la raza humana es la criatura de Dios, y con un gran movimiento que persiste a través de la variedad desconcertante de sus gestos —*ab Abel iustusque ad novissimum electum*— se encamina hacia su Padre sostenida por las dos manos de Dios, el Verbo y el Espíritu, esas dos manos que nunca lo han olvidado completamente a pesar de sus faltas. La Voluntad divina, que todo lo lleva, la conduce infaliblemente a puerto”³¹.

Esta misma concepción del devenir ya es en sí misma liberadora, pues lo temporal no es el enemigo del que hay que liberarse, sino el *kairós*, donde el hombre se despliega hacia su destino, que es supra temporal, lo trasciende, pero al mismo tiempo lo supone.

La Revelación cristiana, al romper con el mito del eterno retorno, le da al tiempo consistencia ontológica, le da sentido y razón de ser.

29. J. Guitton, *Du culte de l'histoire*, citado en *Catolicismo...*, 100.

30. *Rm* 8,28.

31. *Catolicismo...*, 100-101.

La creación es de la nada, por ende, original en sentido absoluto. Ella brota de la Razón creadora y del Amor de Dios y no de sucesos casuales ni de un devenir eterno. Dios crea al hombre a su imagen y semejanza en un mundo perfectible, y lo constituye señor de la creación para que participe de su poder creador y continúe su obra. Dios asigna al hombre tareas específicas con respecto al mundo. Confía en su genio, en su racionalidad y libertad. Por eso la creación no solo es “mantenida, sino continuada. Teniendo el mundo un objeto, tiene consecuentemente un sentido, es decir posee a la vez una dirección y una significación”³².

El primer libro del Antiguo Testamento, el *Génesis*, se abre con el relato de Dios Creador por medio del Logos; cuyo significado es, al mismo tiempo, Razón y Palabra. La Palabra es expresión de la racionalidad de Dios y, al mismo tiempo, de su obrar creador. Dios crea comunicando, es decir, en apertura relacional; es más, se comunica a sí mismo, como afirma el Prólogo del *Evangelio según San Juan*: «En el principio existía el Logos, y el Logos era Dios y todo fue hecho por Él. El Logos, sabiduría creadora de Dios se hace hombre» (Jn 1,1-4). De ahí que en el acto creador mismo quede evidenciada la relacionalidad y la historicidad esenciales del mensaje cristiano.

La historia tiene un principio, que no es un mito, sino el acto creador de Dios, quien en su providencia amorosa actúa de modo que, como dice San Pablo, “todo confluye para el bien de los que aman a Dios” .

3. LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN COMO UNIDAD DE LO TEMPORAL Y LO ETERNO EN CRISTO, CENTRO Y EJE DE LA HISTORIA

Para de Lubac, el principio de la unidad del designio divino es Cristo, el Redentor de la humanidad, Cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo³³. Cristo, Verbo Eterno que irrumpe en la historia humana, es el *centro del proyecto unitario de Dios*:

32. Lug. cit.

33. “La obra de Dios, la obra de Cristo es una. Militante, purgante, triunfante, en estos estadios distintos no hay más que una sola Iglesia” (*Catolicismo...*, 95).

“Siendo síntesis viviente de lo Eterno y de lo temporal, es uno en su dualidad: no se puede separar el Cristo preexistente del Cristo nacido de mujer, muerto y resucitado”³⁴.

Las distintas etapas de la historia de la salvación confluyen en el gran acontecimiento de la Encarnación:

“si la salvación que Dios nos ofrece es la salvación del género humano, viviendo este género humano y desarrollándose en el tiempo, el desarrollo de esta salvación tomará naturalmente la forma de una historia: ésta será la historia de la penetración de la humanidad por Cristo”³⁵.

El *Logos* es la Verdad de Dios, precedida en sombras y bocetos por los acontecimientos salvíficos precedentes pues es el Ejemplar Universal³⁶. La Revelación veterotestamentaria sólo se comprende en toda su originalidad por lo que ha venido a ser en el cristianismo; “el judaísmo no tiene en sí mismo su explicación”³⁷.

El Verbo eterno, se hace hombre y entra en el tiempo y le da un carácter liberador, salvador, porque Él mismo se hace tiempo para hacernos eternos. Cristo es el director de coro a cuyo alrededor se ordena toda la historia. La Encarnación se realizó en la hora precisa, y no ha tardado. Es la obra maestra de la recreación .

El Verbo eterno, se hace hombre y entra en el tiempo y le da un carácter liberador, salvador, porque Él mismo se hace tiempo para hacernos eternos³⁸. Cristo es el director de coro a cuyo alrededor se ordena toda la historia³⁹. La Encarnación se realizó en la hora precisa, y no ha tardado. Es la obra maestra de la recreación⁴⁰.

La humanidad marcha hacia Él a través de las etapas de la historia

34. *Catolicismo...*, 123.

35. Allí mismo, 100.

36. Allí mismo, 85.

37. Allí mismo, 116.

38. Allí mismo, 102.

39. Allí mismo, 186.

40. Allí mismo, 187.

de la salvación. En Él no hay más necesidad de intermediarios, pues Él es el Mediador que nos introduce directamente a la comunión con el Padre. La única Puerta donde se pasa de “Egipto a la Tierra Prometida”⁴¹.

La unicidad del Proyecto divino en Cristo se prolonga en la unidad de Cristo y la Iglesia. La Iglesia, que es Jesucristo extendido y comunicado, lleva a término —en cuanto puede ser acabada acá abajo— la obra de reunión espiritual comenzada en la Encarnación⁴².

4. LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN COMO MARCHA COLECTIVA DE LA HUMANIDAD ENTERA HACIA LA UNIDAD CONSUMADA

El carácter histórico de la salvación cristiana es indesligable de su carácter solidario. El ser humano alcanza la salvación en Cristo en comunión con los demás miembros de su Cuerpo. El cristianismo supera la idea de “salvación individual” al comprender la historia de la salvación como una marcha colectiva, que trasciende el tiempo y el espacio, entronca generaciones en una única marcha hacia un mismo destino.

Catolicismo es una crítica al falseamiento reductivista del cristianismo a un mero camino individualista, donde lo que prevalentemente cuenta es la salvación del individuo:

“Se nos reprocha ser individualistas, incluso a pesar nuestro, por la lógica de nuestra fe, mientras que el catolicismo es esencialmente social”⁴³.

La gloria no es un amasijo de seres aislados e inconexos⁴⁴. Tampoco es la mera suma de los elegidos sino unidad real y transpersonal⁴⁵. Es la gloria común, única que irradia sobre todos los elegidos⁴⁶. Por

41. Allí mismo, 104.

42. Allí mismo, 37.

43. Allí mismo, 17.

44. Allí mismo, 81.

45. Allí mismo, 83.

46. Allí mismo, 84.

eso de Lubac evidencia cómo la ciudad celeste es una figura predilecta por la tradición para hablar del destino eterno de la humanidad reconciliada⁴⁷.

No puede ser de otra manera, señala el autor de *Catolicismo*, pues la consumación de la unidad es a la vez imagen y efecto de la unidad de las Tres Divinas Personas entre sí:

“La mística cristiana de la unidad es una mística trinitaria. La semejanza que debe completar en todo espíritu creado la imagen divina no es la de un Dios Naturaleza, sino del Dios de Caridad, del Dios cuyo Ser es Caridad”⁴⁸.

La mística trinitaria es la dinámica de comunión inserta en el corazón del hombre que anhela la unidad original tanto en el pequeño mundo de las vicisitudes de la vida cotidiana como en los ideales más nobles de la comunidad humana.

5. EL COMPROMISO CON LAS REALIDADES TERRENAS

Consecuencia de la visión católica de la historia es el compromiso con las realidades terrenas. *Catolicismo* presenta críticamente la filosofía griega y la mística budista como caminos de evasión. En ambos casos, aunque por medio de diferentes senderos, se trata de escapar del mundo, pues este no tiene dirección⁴⁹. La vía del cristiano es del todo diversa pues es *en la historia* donde se realiza la salvación:

“Para elevarse hasta lo eterno hay que apoyarse necesariamente en el tiempo y bregar en él. El Verbo de Dios se sometió a esta ley esencial: Vino a librarnos del tiempo por el tiempo: *propter te factus est temporalis, ut tu fias aeternus*”⁵⁰.

El misterio de la Encarnación, cumbre del proyecto divino en la his-

47. Lug. cit.

48. Lug. cit.

49. *Catolicismo...*, 99.

50. Allí mismo, 102.

toria, como ya hemos visto, es la verdad que fundamenta la praxis cristiana. Con penetrante agudeza, de Lubac señala que en Cristo, Verbo encarnado, el hombre descubre su identidad más profunda y la grandeza de su dignidad:

“Cristo, al revelar al Padre y ser revelado por Él, acaba de revelar al hombre a sí mismo. Al tomar posesión del hombre, asiéndolo y penetrándolo hasta el fondo de su ser, lo fuerza a descender también a él dentro de sí para descubrir bruscamente en su propio interior regiones hasta entonces insospechadas. Por Cristo, la Persona es adulta, el Hombre emerge definitivamente del universo, toma plena conciencia de sí”⁵¹.

El cristiano que descubre a Cristo *en sí mismo*, a partir de ello *se descubre a sí mismo*, y ese movimiento lo lleva al compromiso con el prójimo:

“Por la revelación cristiana, no solamente adquiere profundidad la mirada que el hombre dirige sobre sí, sino que al mismo tiempo se ensancha la que dirige a su alrededor. En adelante está ya concebida la unidad humana. La Imagen de Dios, la imagen del Verbo, restaurada por el mismo Verbo encarnado y a la que presta su alrededor, soy yo mismo, es el otro... Es nuestra unidad misma en Dios”⁵².

El cristianismo transfiguró el mundo antiguo; no lo destruyó, sino que lo elevó. El cristianismo es, en sí mismo, generador de cultura, de poder creador, de transformación según el Logos divino. La praxis cristiana es originalmente transformadora y cuando deja de serlo se traiciona a sí misma.

Por eso, la praxis cristiana lejos de ser una utopía inmanentista, cerrada en sí misma, es *auténticamente encarnada y encarnatoria*. Es encarnada porque baja el cielo a la tierra, por-

que asume todo lo auténticamente humano. Es trascendente porque eleva lo humano a lo divino.

51. *Catolicismo...*, 238.

52. *Allí mismo*, 239.

La praxis de la Iglesia en el tiempo es expresión de esta realidad encarnatoria, pues ella realiza ya sacramentalmente en las realidades de este mundo la gloria futura. Por eso, insiste el gran teólogo francés, Pentecostés será más relevante en la tradición patristica y litúrgica que la Ascensión, ya que la contemplación del cielo no desviará la atención por realizar la obra divina acá abajo, como años más tarde el Concilio Vaticano II afirmaría en la Constitución *Gaudium et spes*:

“La espera de una tierra nueva no debe disminuir (*extenuare*), sino más bien despertar (*excitare*), la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios”⁵³.

El cristianismo no se identifica con una cultura específica. De Lubac denuncia como “bárbara ceguera” la identificación sin más de cristianismo con la cultura europea, evangelización con “occidentalización” o “europeización”, confundir la embajada de la Caridad con imperialismo cultural⁵⁴. El cristianismo transfiguró el mundo antiguo; no lo destruyó, sino que lo elevó. El cristianismo es, en sí mismo, generador de cultura, de poder creador, de transformación según el *Logos* divino. La praxis cristiana es originalmente transformadora y cuando deja de serlo se traiciona a sí misma:

“Si bien el Cristianismo es en efecto divino, enteramente divino, también en cierto sentido es humano, enteramente humano, y tanto más humano cuanto más divino. Insinuándose a través del tejido cerrado de la historia humana, sin desgarrarlo, ha venido a transformar al hombre y renovar la faz de la tierra”⁵⁵.

53. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 39.

54. *Catolicismo...*, 207.

55. Allí mismo, 201.

La acción de la Iglesia en su doble carácter de evangelizadora y transformadora se apoya en la convicción de que en todo hombre brilla la imagen de Cristo y, por ende, en toda obra de sus manos está también la huella de Dios:

“La Imagen divina puede muy bien encontrarse oscurecida, velada, desfigurada; pero siempre permanece en Él... El Verbo que se encarnó para reparar y consumir todas las cosas es también Aquél que ya ilumina a todo hombre que viene a este mundo”⁵⁶.

Con clarividente audacia escribía de Lubac, ajeno a todo triunfalismo sino más bien empapado de sentido auténticamente *católico*, que nada, absolutamente nada que sea verdaderamente humano, de dondequiera que provenga, no puede no pertenecerle a la Iglesia *Catholica*. Ella es la forma que debe revestir la humanidad para ser finalmente ella misma⁵⁷.

6. LA ETERNIDAD COMO META DE LA HISTORIA

Todas estas consideraciones no han de oscurecer la verdad fundamental de que la historia de la humanidad tiene un puerto definitivo⁵⁸. Con ecos paulinos, de Lubac afirma que el universo clama hacia su liberación definitiva⁵⁹. Pero es un clamor de esperanza fundada en los cielos nuevos y tierras nuevas⁶⁰, en el hombre nuevo —del cual todo cristiano ha de revestirse— que se renueva sin cesar⁶¹ y que es obra de Aquel que hace nuevas todas las cosas⁶².

El teólogo francés es consciente de que el doble carácter histórico y solidario del catolicismo no opaca la afirmación absoluta de la presencia del Eterno y su trascendencia inalterable⁶³.

56. Allí mismo, 200.

57. Allí mismo, 210.

58. Allí mismo, 101.

59. *Rm* 8,22.

60. *Ap* 21,1.

61. *Catolicismo...*, 35.

62. *Ap* 21,5.

63. *Catolicismo...*, 248.

Sólo puede existir un destino trascendente para la humanidad si existe un Dios trascendente capaz de donar a la humanidad un destino colectivo, es decir la edificación de una humanidad nueva, que es plenitud. Sin ese horizonte toda aspiración humana por llegar a una meta común se hace añicos en la utopía. Una sociedad inmanente, donde el hombre se reduce a relaciones sociales, destruye su interioridad y degenera en tiranía⁶⁴. De Lubac fue testigo de la terrible quimera de querer construir un humanismo sin Dios, que llegó hasta los extremos de la aberrante ilusión de los totalitarismos nacionalsocialista y marxista⁶⁵. El ideal del verdadero humanismo, no es posible sin

“un Lugar en donde, generación tras generación, la humanidad sea recogida: un Centro en donde toda ella converja; un Eterno que la totalice; un Absoluto que, en el sentido más fuerte y plenamente actual de la palabra, la haga existir”⁶⁶.

Para ello la humanidad tiene que volver la mirada hacia su Ejemplar, hacia su Cabeza, el consumidor de sus anhelos, el auténtico Hombre Nuevo. En una palabra tiene que creer en Cristo⁶⁷.

Descubrimos una muy actual sintonía entre este acento lubaquiiano y lo que setenta años más tarde, en 2007, escribió su otrora joven compañero de afanes teológicos y cofundador de la revista *Communio*, Joseph Ratzinger, que luego ocuparía la Cátedra de Pedro como Benedicto XVI, en su brillante encíclica *Spe salvi*:

«Aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el

64. Allí mismo, 253.

65. H. de Lubac, *El drama del humanismo ateo*, Madrid 2012, 4 ed; H. de Lubac, *Résistance chrétienne au nazisme*, Paris 2006.

66. *Catolicismo...*, 249.

67. Allí mismo, 250.

cristianismo no era solamente una “buena noticia”, una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo “informativo”, sino “performativo”. Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva»⁶⁸.

De ahí que, al concluir el libro, de Lubac señale con palabras de auténtica belleza y hondura cristiana:

“El humanismo cristiano debe ser un humanismo *convertido*. De ningún amor natural se pasa llanamente al amor sobrenatural. Es necesario perderse para encontrarse. Dialéctica espiritual, cuyo rigor se impone tanto a la humanidad como al individuo... Si nadie debe evadirse de la humanidad, la humanidad entera debe morir a sí misma en cada uno de sus miembros para vivir, transfigurada, en Dios. Sólo hay fraternidad definitiva en una común Adoración. *Gloria Dei vivens homo*: pero el hombre no accede a la Vida, en la única sociedad que puede existir, si no es por la solo Deo gloria. Tal es la Pascua universal, que prepara la Ciudad de Dios”⁶⁹.

CONCLUSIÓN

La visión católica de la historia, propuesta por Henri de Lubac en *Catolicismo* es de una conmovedora fineza y, al mismo tiempo, de una clarividencia formidable. Por ello, aquellas reflexiones escritas hace 75 años, quizás de forma asistemática pero ciertamente coherente, siguen siendo válidas y actuales. El hombre posmoderno en el umbral del siglo XXI vive intensamente pero en apariencia sin

68. Benedicto XVI, *Spe salvi*, 2.

69. *Catolicismo...*, 258.

rumbo fijo, arrastrado sin dirección, por un devenir frenético. El cambio parece ser la palabra de orden. Todo cambia a velocidades jamás sospechadas. El progreso tecnológico parece haber generado una mentalidad para la cual lo permanente no existe. La sociedad posmoderna vive fragmentada, cada subsistema social se desarrolla de manera autónoma y cerrada en sí misma. Paralelamente a las grandes conquistas de la humanidad se alza un individualismo de corte nihilista que se sofoca en el sinsentido. ¿Sobre qué fundamento puede construir, el hombre concreto y la humanidad toda su existencia? De Lubac previene al hombre actual tanto contra la evasión espiritualista, tan de moda hoy en occidente, como contra el proyecto inmanentista de construir la ciudad del hombre a costa de la ciudad de Dios. La lectura de la historia a partir de *Catolicismo* como encuentro entre Dios y el hombre, entre la eternidad y el tiempo, es un doble llamado: a la humanidad a redescubrir su vocación a la comunión plena en la *mística trinitaria*, y a la Iglesia a renovarse en continuidad, a contemplarse en el Rostro de Cristo para revelar su verdadera faz y misión de reunir a toda la familia humana en el Cuerpo de Cristo.